

Luis D. Cruz Ocampo

Francisco Donoso.—Myrrha



A comparación, la alegría, o lo que se llama el símbolo reflexivo, según el lenguaje hegeliano, son los medios propios por los cuales se revela al mundo el espíritu poético. Se ha llegado a decir que los símbolos sirven para marcar sobre la tierra el paso invisible de las almas. Y acaso, como pensaba Mallarmé, todo el universo no sea sino un vasto conjunto de símbolos que los hombres van deletreando lentamente por medio de la ciencia, la religión y el arte. Por esto un libro como el del señor Francisco Donoso en el que el símbolo tiene un lugar preferente, aparecerá siempre lleno de atractivos y abundante en vastas perspectivas de ensueño.

Si entramos a analizar los diversos sentimientos que dominan o sobresalen en la obra de este poeta, encontraremos fácilmente que el sentido de lo inestable y pasajero de la vida y el deseo de soledad y de quietud tiñen con un particular colorido todas las más importantes composiciones de «Myrrha». Las asociaciones de ideas, las imágenes y hasta el tono general de la expresión aparecen orientadas o concebidas por estas ideas matrices. Así, por ejemplo, el sentido de lo inestable y pasajero de la existencia le da una marcada preferencia por comparaciones en las que entran como término comparativo, el mar, las nubes, la espuma, los barcos, el viento; y hasta la muerte se le presenta como un huracán o una tormenta que llegará algún día «para asolar su choza y aventar su recuerdo». De entre las numerosas alegorías en que hace encarnar esas ideas, queremos recordar la que aparece en la composición titulada «El mar». En cuatro versos nos da una imagen de la vida humana, cuyas fuerzas chocan contra lo imposible y rara vez logran llegar a un resultado feliz; y en esas raras veces, lo logrado parece efímero, pequeño, limitado y estrecho, como la rada angosta a que se refiere la estrofa:

«Ansiedad que se yergue con vértices y tumbos
y estalla en los cantiles soberbios de la costa,
o llega alguna tarde con milagrosos rumbos
al efímero ensueño de alguna rada angosta....»

Como una lógica consecuencia de las ideas anteriormente indicadas, la melancolía florece en el espíritu del poeta; y su sensibilidad muestra una evidente preferencia por los paisajes crepusculares y otoñales. No le atraen ni las luces violentas del medio día, ni los colores brillantes de la primavera ni la exhuberancia ardiente del verano. Ama en cambio, las tonalidades suaves y opacas, el color gris y el rosa, la luz pálida y vaga del amanecer y las brumas violeta que anuncian

la llegada de la noche. Estas predilecciones se traducen ya en composiciones especiales que se refieren a temas de esta especie y en otras sobre asuntos variados y en las que aparecen como incidentes. El mismo poeta, además, compara su pensamiento con la estrella de la tarde que vela solitaria, contemplando la mística placidez de las ondas. Pero desgraciadamente para el poeta esta deleitosa placidez espiritual no dura mucho; y la Musa Negra de belleza fatal y trágica le persigue y se cuela a través de los espesos muros de su torre para hacerle conocer la tristeza. En verdad nada alcanza el poeta con ocultarse en su torre porque los ruidos y los afanes que le hieren no están afuera, sino que son los rumores que hacen en su corazón todas las voces misteriosas del universo.

Ahora bien, ¿cómo logra el señor Donoso expresar estos sentimientos generales que acabamos de señalar en su obra? Para dar una respuesta satisfactoria a esta cuestión sería menester, en primer lugar, separar diversos trabajos en los que el poeta alcanza efectos de un considerable valor artístico. Entre ellos podrían citarse, «Dubia Lux», «Musa Negra», «Torre que ahora miras», «Primera lluvia» y «Ofertorio». Entre estas mismas, tal vez es «Dubia Lux» la mejor de todas, y, por ende, la mejor de toda la obra. La predilección por los crepúsculos a que ya nos hemos referido encuentra en esta composición su más acertada y amplia forma. El vigor de la alegría y la novedad imaginativa de «Dubia Lux» no alcanza a ser igualada, a nuestro entender, en ninguna de las páginas de «Myrrha». Pero en este caso más eficaz que todo elogio es la transcripción del soneto aludido:

«Desde el toldo de rosa y amatista
que la Tarde en su fuga abandonara,
tendió el Crepúsculo su bruma clara
hasta el vago confín de su conquista.
Y, ebrio de azul,—maravillado artista—
ante el imperio de belleza rara
que en su inmensa penumbra cautivara,
marchita en sueños, apagó su vista.
Mas mientras su alma en su ilusión recrea
llega la Noche, y cual la viuda hebrea
que venció al paladín de los asirios,
miró en la sombra su cabeza bruna
y al darle muerte con su hoz de luna
todo su manto salpicó de lirios.....»

Fuera de los trabajos indicados, las restantes composiciones de la obra poseen un valor muy desigual. En efecto, en ellas encontramos, junto a rasgos que revelan una imaginación viva, comparaciones gastadas, figuras demasiado conocidas, frases desteñidas, alumbradas apenas por adjetivos que han perdido toda su virtud a fuerza de aplicarse siempre a las mismas cosas. Y es verdaderamente raro que el señor Donoso que ha sabido traer a la circulación, con mucha oportunidad palabras anticuadas como «altamia» y «flagicio» no manifieste el mismo afán por

encontrar nuevos adjetivos; y se hace aún menos comprensible esta omisión si se tiene en cuenta que, indudablemente, la elección acertada de los adjetivos constituye una de las formas de la originalidad. Con todo esto no queremos decir, sin embargo, que la adjetivación que emplea el señor Donoso sea impropia; únicamente queremos referirnos a que no está cuidada en el sentido de dar nuevos matices a las sensaciones. Mas, no obstante estas circunstancias, los versos del señor Donoso se leen con agrado tanto por la pureza y elegancia de la expresión como por la riqueza y variedad de la rima.

Dispersas aquí y allá en todas estas composiciones, se encuentran rasgos que sirven para aquilatar el verdadero espíritu de artista que posee el autor. Como ejemplo queremos citar algunas metáforas o comparaciones que dejan entre las estrofas, a veces demasiado frías, la huella luminosa de una sensibilidad delicada. En «Primera Lluvia», al referirse a las gotas de agua que se deslizan por los vidrios de la ventana, dice: «miro llegar a mis ventanas vivaces culebrietas de transparente cuarzo»; en «Epifanía de Amor», al describir un trigal dice: «velludo lago de los trigales»; en «Los Sonetos del Budi», describiendo un lago, dice: «resbalan por el lago las virutas de acero que laboran los vientos»; y finalmente, en «Transfiguración», al describir una charca cenagosa que interrumpe un camino, dice: «como una llaga negra en el sendero, etc., etc.». Todos estos aciertos hacen difícil explicarse por qué razón el poeta sucumbió a la tentación de escribir el soneto «Los Cisnes», en el que repite la vieja figura del signo de interrogación que forma el cuello del cisne y repite también, como es natural, lo del cisne de alas de seda y los amores de Leda. Sin embargo y tal vez en desagravio de este soneto, dice en el que le sigue, llamado «Sombras y Luces» que las luciérnagas semejan en las sombras vivas constelaciones de pétalos de estrella o ánimas de flores.

En las composiciones de asunto bíblico sobresalen por el vigor de la descripción «Sisara y Jahel» y «Resfa». De la primera puede recordarse especialmente el soneto final; y de «Resfa» el primer soneto.

En resumen, las composiciones de «Mirra» tienen un valor uniforme en lo que se refiere a la pureza de su estilo, la elegancia de la dicción, la riqueza de la rima y todo lo que es la técnica del verso; pero su valor es muy desigual en cuanto a las imágenes, alegorías o símbolos que sirven para exteriorizar el sentimiento poético. De todos modos, lo que tiene de bueno la obra basta y sobra para hacer ver que el señor Donoso es un poeta que posee recursos para hacer una obra artística de valor dentro de nuestras letras nacionales.